

II Domingo de Cuaresma

Éste es mi Hijo amado.
(Mc 9,2-10)

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 26,8-9

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro.» Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro

Sal 24,6.3.22

Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas, pues los que esperan en tino quedan defraudados, mientras que el fracaso malogra a los traidores. Salva oh Dios, a Israel de todo su peligro.

ORACIÓN COLECTA

Señor, Padre santo, tú que nos has mandado escuchar a tu amado Hijo, el predilecto, alimenta nuestra espíritu con tu palabra; así con mirada limpia contemplaremos gozosos la gloria de tu rostro.

PRIMERA LECTURA

El sacrificio de nuestro padre y patriarca Abraham (Gn 22,1-2.9-13.15-18).

Del libro del Génesis

En aquellos días Dios puso una prueba a Abraham llamándole: «¡Abraham», El respondió: «Aquí me tienes». Dios le dijo: «Toma a tu hijo único, a que quieras, a Isaac y vete al país de Moria y ofrécelo en sacrificio, sobre uno de los montes que yo te indicaré». Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abraham levantó allí un altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abraham tomó el cuchillo para degollar a su hijo; pero el ángel del Señor gritó desde el cielo: «¡Abraham, Abraham!» Él contestó: «Aquí me tienes». Dios le ordenó: «No alargues la mano contra tu hijo, ni le hagas nada. Ahora se que temas a Dios, porque no le has reservado a tu hijo, tu único hijo.» Abraham levantó los ojos y vio un carnero, enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó tomó el camero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo. El ángel del Señor volvió a gritar a Abraham desde el cielo y le dijo: «Juro por mí mismo, –oráculo del Señor–; que por haber hecho eso, por no haberte reservado a tu hijo, tu único hijo, te bendeciré y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido».

SALMO RESPONSORIAL (Sal 115)

R/. Caminaré en presencia del Señor.

Tenía fe, aun cuando dije:

«¡Qué desgraciado soy!»

Mucho le cuesta al Señor

la muerte de sus fieles. **R/.**

Señor, yo soy tu siervo,

siervo tuyo, hijo de tu esclava:

rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,

invocando tu nombre, Señor. **R/.**

Cumpliré al Señor mis votos

en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén. **R/.**

SEGUNDA LECTURA (Rm 8,31-34)

Dios nos entregó a su propio Hijo.

De la Carta del Apóstol San Pablo a los Romanos

Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo, que murió, más aún resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros?

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO (Cfr. Mt 17,5)

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

En el esplendor de la nube se oyó la voz del Padre, que decía: «Éste es mi Hijo amado: escúchenlo».

R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

EVANGELIO (9,2-10)

Éste es mi Hijo amado.

+ Del Santo Evangelio según San Marcos

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Ellas.» Estaban asustados, y no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: «Éste es mi Hijo amado; escuchadlo.» De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: «No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.» Esto se les quedó grabado, y discutían qué querría decir aquello de «resucitar de entre los muertos».

Se dice «Credo»

Prefacio.

El misterio de la Transfiguración

En verdad es justo y necesario es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque Cristo nuestro Señor reveló su gloria ante los testigos que él escogió; y revistió con máximo esplendor su cuerpo, en todo semejante al nuestro, para quitar el corazón de sus discípulos del escándalo de la cruz y anunciar que toda la Iglesia, su cuerpo, habría de participar de la gloria que tan admirablemente resplandecía en Cristo, su cabeza.

Por eso, con los ángeles que te cantan en el cielo, nosotros te alabamos en la tierra diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que esta ofrenda, Señor, nos obtenga el perdón de nuestros pecados y nos santifique en el cuerpo y en el alma para que podamos celebrar dignamente las festividades de la Pascua. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mt 17,5

Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escúchenlo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te damos gracias, Señor, porque al darnos en este sacramento el Cuerpo glorioso de tu Hijo, nos permites participar ya, desde este mundo, de los bienes eternos de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Lectio

El texto que la Iglesia propone en este segundo domingo de cuaresma narra la Transfiguración de Jesús en la versión de San Marcos. Este episodio se ubica después de la parte del Evangelio que hace referencia a la revelación del Mesías sufriente y su entrega filial al Padre, más específicamente en el camino que Jesús recorre de Galilea a Jerusalén. Tiene como contexto un anuncio de la Pasión y los criterios para el seguimiento de Jesús, quiere a la vez presentar el camino que hicieron los discípulos para llegar a entender la identidad de su Maestro. Por eso los tres discípulos elegidos van a tener una experiencia que les ayudará a ampliar su visión de la cruz, del seguimiento y de la entrega.

La Transfiguración de Jesús es narrada por los sinópticos y está llena de signos que contienen un profundo significado, no sólo en el ambiente judío sino también para la Iglesia naciente: el monte alto, los vestidos de Jesús con una blancura resplandeciente, la presencia de Moisés y Elías, la nube, la voz que sale de la nube.

Marcos inicia el texto precisando que estos hechos suceden *seis días después* del primer anuncio que Jesús hace a sus discípulos del destino de sufrimiento y entrega que le espera en Jerusalén, ante el cual, el primero en reaccionar es Pedro. Es precisamente este discípulo quien junto con Santiago y Juan serán testigos de la manifestación gloriosa de Jesús en el monte y serán también los mismos quienes acompañarán al Maestro en la agonía del Getsemaní, esto para que puedan anunciar que gloria y sufrimiento son las dos caras del único amor de Dios por la humanidad, tal como se encarnó en el Hijo Amado.

El monte alto representa el lugar donde se encuentra a Dios, donde las cosas se ven de otra manera, donde se asimilan los pensamientos y sentimientos de Dios. Más aún, es figura de un momento especial en el camino de fe, en el que se vive una experiencia interior de la manifestación de Dios. Así, el monte se convierte para los discípulos en aquello que fue el desierto para Jesús: **la oportunidad para definir su elección**, es decir, confiar en Dios y seguir a Jesús por “su” camino.

Los vestidos de Jesús que resplandecen con una blancura extraordinaria, manifiestan su divinidad, su gloria, algo más profundo de su identidad, una experiencia inexplicable pero que colma el corazón de los discípulos al punto tal que Pedro propone instalarse en ese lugar, perpetuar esa experiencia. Pero al mismo tiempo manifiesta el temor, el miedo, la incertidumbre que esta vivencia había generado en ellos.

Moisés y Elías son las más grandes autoridades del Antiguo Testamento y desearon contemplar el rostro de Dios, representan la Ley y los Profetas, por lo cual su presencia en la Transfiguración corrobora cuanto Jesús ha compartido con sus discípulos y quiere ayudarles a asimilar.

“Una nube los cubrió con su sombra”. La Nube, signo de la Presencia del Padre que ratifica la divinidad de Jesús e invita a escucharlo: “Este es mi Hijo amado: ¡escúchenlo!”. Escuchar es el único camino para entrar en el Misterio de Dios. Escuchar, es un llamado a la confianza suceda lo que suceda, confianza que tendrá sus pruebas ahora que iniciarán el camino hacia Jerusalén.

“No vieron más que a Jesús sólo con ellos”, ¿Por qué sólo Jesús? Porque desde ese momento Jesús es la única revelación de Dios para nosotros, Jesús es el culmen de la manifestación del Padre, Él es la clave para entender todo el Antiguo Testamento, todo lo que digan los demás no será sino explicación o profundización de ese Misterio que nos es revelado en la persona de Jesús.

Después de habernos invitado a la soledad del desierto, en el primer domingo de Cuaresma, Jesús nos invita a seguir el camino hacia la Pascua subiendo al monte, alejándonos de cuanto ruido y multitud hay en la llanura. Es muy importante subir al monte, escuchar la voz del Señor, entrar en sintonía con Él, contemplar su Rostro que da sentido y plenitud al misterio del hombre.

A la vez, al estar en esa Presencia Transfigurada, es oportuno pensar que, para llegar a la gloria de la Resurrección, a la vida nueva, es necesario pasar por la cruz, caminar con Cristo, seguirlo para morir con Él y resucitar. Solamente quien se entrega generosamente tendrá el gozo y la alegría de participar en la realidad nueva instaurada por Cristo. Para que la gloria de Cristo se reconozca y se vea es necesario morir primero, aceptando la voluntad de Padre en la propia vida, viviendo radicalmente el amor a Dios y a los hermanos.

Preparémonos así, recibéndolos en esta Cuaresma, a celebrar dignamente la Pascua.

Apéndice

San Juan Pablo II, Catequesis, Audiencia General (26-04-2000)

En la Transfiguración el Salvador reveló a Pedro, Santiago y Juan el prodigio de gloria y de luz confirmado por la voz del Padre: «Este es mi Hijo predilecto» (Mc 9, 7). Con el corazón rebosante de alegría pascual subamos hoy espiritualmente al monte santo, que domina la llanura de Galilea, para contemplar el acontecimiento que allí se realiza, anticipando los sucesos pascales.

Cristo es el centro de la Transfiguración. Hacia él convergen dos testigos de la primera Alianza: Moisés, mediador de la Ley, y Elías, profeta del Dios vivo. La divinidad de Cristo, proclamada por la voz del Padre, también se manifiesta mediante los símbolos que san Marcos traza con sus rasgos pintorescos. La luz y la blancura son símbolos que representan la eternidad y la trascendencia: «Sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como no los puede blanquear lavandera sobre la tierra» (Mc 9, 3). Asimismo, la nube es signo de la presencia de Dios en el camino del Éxodo de Israel y en la tienda de la Alianza (cf. Ex 13, 21-22; 14, 19. 24; 40, 34. 38).

Canta también la liturgia oriental, en el Matutino de la Transfiguración: «Luz inmutable de la luz del Padre, oh Verbo, con tu brillante luz hoy hemos visto en el Tabor la luz que es el Padre y la luz que es el Espíritu, luz que ilumina a toda criatura».

Este texto litúrgico subraya la dimensión trinitaria de la transfiguración de Cristo en el monte, pues es explícita la presencia del Padre con su voz reveladora. La tradición cristiana vislumbra implícitamente también la presencia del Espíritu Santo, teniendo en cuenta el evento paralelo del bautismo en el Jordán, donde el Espíritu descendió sobre Cristo en forma de paloma (cf. Mc 1, 10). De hecho, el mandato del Padre: «Escuchadlo» (Mc 9, 7) presupone que Jesús está lleno de Espíritu Santo, de forma que sus palabras son «espíritu y vida» (Jn 6, 63; cf. 3, 34-35).

Por consiguiente, podemos subir al monte para detenernos a contemplar y sumergirnos en el misterio de luz de Dios. El Tabor representa a todos los montes que nos llevan a Dios, según una imagen muy frecuente en los místicos. Otro texto de la Iglesia de Oriente nos invita a esta ascensión hacia las alturas y hacia la luz: «Venid, pueblos, seguidme. Subamos a la montaña santa y celestial;

detengámonos espiritualmente en la ciudad del Dios vivo y contemplemos en espíritu la divinidad del Padre y del Espíritu que resplandece en el Hijo unigénito» (tropario, conclusión del Canon de san Juan Damasceno).

En la Transfiguración no sólo contemplamos el misterio de Dios, pasando de luz a luz (cf. Sal 36, 10), sino que también se nos invita a escuchar la palabra divina que se nos dirige. Por encima de la palabra de la Ley en Moisés y de la profecía en Elías, resuena la palabra del Padre que remite a la del Hijo, como acabo de recordar. Al presentar al «Hijo predilecto», el Padre añade la invitación a escucharlo (cf. Mc 9, 7).

La segunda carta de san Pedro, cuando comenta la escena de la Transfiguración, pone fuertemente de relieve la voz divina. Jesucristo «recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime gloria le dirigió esta voz: «Este es mi Hijo predilecto, en quien me complazco». Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo. Y así se nos hace más firme la palabra de los profetas, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana» (2 P 1, 17-19).

Visión y escucha, contemplación y obediencia son, por consiguiente, los caminos que nos llevan al monte santo en el que la Trinidad se revela en la gloria del Hijo. «La Transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo «el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo» (Flp 3, 21). Pero nos recuerda también que «es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios» (Hch 14, 22)» (Catecismo de la Iglesia católica, n. 556).

La liturgia de la Transfiguración, como sugiere la espiritualidad de la Iglesia de Oriente, presenta en los apóstoles Pedro, Santiago y Juan una «tríada» humana que contempla la Trinidad divina. Como los tres jóvenes del horno de fuego ardiente del libro de Daniel (cf. Dn 3, 51-90), la liturgia «bendice a Dios Padre creador, canta al Verbo que bajó en su ayuda y cambia el fuego en rocío, y exalta al Espíritu que da a todos la vida por los siglos» (Matutino de la fiesta de la Transfiguración).

También nosotros oremos ahora al Cristo transfigurado con las palabras del Canon de san Juan Damasceno: «Me has seducido con el deseo de ti, oh Cristo, y me has transformado con tu divino amor. Quema mis pecados con el fuego inmaterial y dignate colmarme de tu dulzura, para que, lleno de alegría, exalte tus manifestaciones».